

EL CONTADOR DE HISTORIAS

Discurso pronunciado por D^a. Mónica Ruiz Bremón en contestación a D. Augusto Ferrer Dalmau, con motivo de su ingreso como académico de número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares el día 10 de noviembre de 2021.



Sr. Presidente, Sres. Académicos, Señoras y Señores

A menudo me he preguntado, como seguro todos ustedes, si el arte debe emocionar, debe transmitir, debe informar o debe recordar. Si es mejor el arte que deleita o el que recuerda, o el que sorprende o el que informa, o el que sugiere, o el que testimonia. Y el arte que escandaliza ¿es posible que sea mejor que el que

sólo “adorna”? Aún más, ¿es que el arte tiene una misión que cumplir? Y ¿es el artista quien decide su misión o es la elección del cliente la que crea el arte? ¿para qué sirve, en suma, el arte? ¡Cuántas preguntas surgen, han surgido y surgirán a todos los que han intentado, alguna vez, juzgar el arte!

Comencemos tratando de responder al menos a esta última: ¿el artista es totalmente libre? Por fortuna, en el siglo XXI y en el mundo occidental, el artista es más libre que nunca. Y el caso de Augusto Ferrer Dalmau lo demuestra.

Pero al mismo tiempo, se da la paradoja de que Ferrer Dalmau resulta un artista raro, a contrapelo y contracorriente, un fenómeno único. ¿Y en qué consiste esta diferencia, que lo hace distinto a otros artistas plásticos contemporáneos?

Para valorar la obra de un artista es necesario conocerla con detalle y en extensión, saber cómo se formó y cuál ha sido su trayectoria, vital y profesional. Y es ahí donde quizás comience la peculiaridad de este pintor: sin formación académica *sensu stricto*, autodidacta procedente del mundo del diseño, no hay duda de que este hombre posee una capacidad innata para la representación plástica y para el arte figurativo cuando sus comienzos lo ligan al paisaje. Un don innato y natural que ha puesto al servicio de unos temas y unas composiciones muy concretos. Esos temas y esos intereses lo han convertido en un pintor peculiar, alejado de los circuitos de la modernidad imperante. Se diría de él que, como los consagrados a la vida espiritual en nuestra Edad de Oro, Ferrer Dalmau está “fuera del siglo”.

El primer contacto que tuve con la obra de Augusto Ferrer Dalmau fue con motivo de una exposición comercial en la que unos pequeños cuadros al óleo, bocetos en su mayor parte, se presentaban al público junto a miniaturas y otros objetos de *militaria* en una galería de arte madrileña. Se trataba, sobre todo, de representaciones de jinetes y de otras figuras individuales de soldados que inmediatamente recordaban la obra del pintor militar José Cusachs, tanto en estilo y en temática.

Recuerdo que me parecieron agradables y bastante meritorios, especialmente por cuanto tenían el valor de la recuperación historicista mediante una magnífica labor de documentación.

Pero determiné entonces, y así lo confieso sin ambages, que cualquier buen dibujante, debidamente formado en la técnica figurativa y asesorándose debidamente, podría con ello. Y que ciertamente, lo llamativo y lo insólito, no era la manera de pintar, sino los temas escogidos: escenas bélicas de un mundo ya pasado, en especial el del arma de caballería de finales del siglo XIX y principios del XX.

Con el tiempo fui conociendo más obras suyas. Tuve entonces que reconocerle una capacidad y un valor innegable para enfrentarse a otros temas y a otras épocas que no necesariamente fueran ecuestres ni decimonónicos. Tuve que reconocerle capaz de realizar composiciones muy ambiciosas, escenas complejas y con múltiples personajes; situarlas en entornos muy distintos: desérticos, umbríos, gélidos, brumosos...; imaginar una escena a la luz de un amanecer o ambientarla en una tarde húmeda y desapacible, en un páramo nevado, en un ambiente boscoso, en un escarpado risco, a orillas de un mar pacífico, en un paisaje urbano reconocible... Y tuve que reconocerle, en fin, que era capaz de afrontar la representación de la Tierra, el Mar y el Aire. Y cualquier episodio de la Historia de España, desde los Iberos y el Cid hasta Hernán Cortés y la División Azul; desde un aeródromo a una batalla naval; desde el descubrimiento del Gran Cañón hasta una patrulla en Afganistán.

¿Cómo no tenerle respeto, si el repertorio de Augusto Ferrer Dalmau se asemejaba al registro de un maestro de la ópera? Estaba claro que el pintor era imparable, no se iba a limitar a las batallas de una época, ni de un Cuerpo ni de un Arma. Y ¿por qué no –y si no, tiempo al tiempo– a un solo país?

Pero analicemos el fenómeno con la frialdad de la teoría del arte. Antes he dicho que la pintura de Augusto Ferrer Dalmau es distinta a la que caracteriza al mercado actual. Y entiéndase por éste, el panorama, la moda, la tendencia imperante. Y lo es por tres razones, a su vez apoyadas sobre tres elementos clave en la creación artística: técnica, estilo y temática.

Técnicamente, Augusto es un pintor “antiguo”. Lo suyo es, mayoritariamente, el óleo sobre lienzo, la pintura de caballete de unas dimensiones reducidas o medianas, los pigmentos ligados y disueltos con aceite de linaza y aplicados con pinceles de distintos tamaños. Aunque también ha practicado la escultura, a la que llegó desde el miniaturismo.

Estilísticamente puede definirse como un pintor figurativo, realista o, si se prefiere, naturalista. En rigor, es un pintor academicista pese a no haber pasado por la Academia: pendiente de la composición, del equilibrio entre forma y color, documentado y riguroso en los detalles, sin concesiones a las licencias artísticas que le harían rellenar con imaginación o ambigüedad un dato que le fuera desconocido.

Él mismo confiesa que entre sus pintores de cabecera se encuentran los franceses del Siglo XIX: Alphonse de Neuville, Jean Baptiste Édouard Detaille y Jean Louis Ernest Meissonier, además del maestro español Antonio López.

En cuanto al tratamiento de la luz y del color, su pintura ha sido influida por la Escuela paisajística de Olot. Estilo el suyo, en suma, que se compadece mal con el momento actual de la pintura occidental. Es sabido que ésta, y en general las artes plásticas actuales, tras siglos viajando en una dirección única - la de la representación bidimensional de la realidad – experimentó su gran revolución a principios del siglo XX, al compás de los cambios históricos y en gran medida por la aparición de la fotografía, que pasó a ser el medio por excelencia para el registro de cualquier acontecimiento histórico. Nada de esto parece haber influido en la manera de expresarse de Ferrer Dalmau, quien parece tener claros sus motivos, sus intereses y sus objetivos.

Por último, el tercer factor, la temática. Es en ella donde más claro se define Ferrer Dalmau como un pintor a contracorriente: su obra está marcada, destinada, centrada y obsesionada por los temas históricos y, dentro de ellos, por los hechos militares, ya sea con intención documental, anecdótica, de reconocimiento o como homenaje. ¿Cabe algo más exótico, más inesperado e inusual en el actual mercado del arte?

Y hablando de mercado, recordemos que, junto al artista, el segundo elemento, esencial para que el arte exista, es el cliente. El artista, sea cual sea su especialidad, es impensable sin el espectador.

No debe olvidarse en ningún momento este factor, pues explica la existencia y el éxito de muchos artistas inclasificables a lo largo de la Historia del Arte. Son aquellos que, por adelantados o por conservadores, se apartan de lo habitual y resultan incatalogables para la crítica, para los historiadores y hasta para su propio gremio, pero no necesariamente para el público, que en esto de los gustos puede a veces resultar impredecible, a veces indomable, por no decir impertinente. En suma, más libre de lo que se piensa.

Ya tenemos por tanto encuadrado –si es que necesario definirlo todo– a nuestro pintor como a un profesional –en tanto que vive de su arte–, insólito –en cuanto a su técnica–, personal –en cuanto a su estilo– y valiente –en cuanto a su temática.

Ahora bien, en torno a él y su obra sobrevuela una definición que me gustaría matizar, pues me pregunto si es acertada la que, habitualmente, lo cataloga como “pintor de batallas”. Sin duda es la forma más recurrente de referirse a él por parte de sus seguidores, de sus detractores, de su círculo de amigos y colaboradores y hasta por él mismo, que ha utilizado esta expresión en numerosas ocasiones para definir su obra. Es innegable que su producción se ha dedicado mayoritariamente a la recreación de temas militares, pero no tanto al género estricto de batallas ni,

en absoluto, a la manera de aquellos antiguos pintores que dieron nombre al género.

Sabido es que la pintura de batallas es un género de la historia de la pintura occidental considerado hoy menor o secundario. Y que, si bien se inició entre los grandes pintores del renacimiento italiano - o quizás también por ello - alcanzó tal popularidad que se convirtió en un producto casi mecánico a medida que avanzaban los siglos XVII y XVIII en el centro y norte de Europa. Una legión de pintores y de talleres se dedicaron a alimentar una demanda de escenas bélicas en las que se suponía habían participado sus clientes, una élite que no necesariamente descendía de los caballeros representados en los cuadros encargados.

La posesión de cuadros de batallas servía para dignificar linajes, emulando los grandes programas iconográficos con los que reyes y grandes nobles cubrían las paredes de sus palacios. Si los reyes podían permitirse encargar a los mejores pinceles de la época la representación de sus grandes triunfos – recordemos la sala de batallas de El Escorial de Felipe II o el Salón de Reinos de Felipe IV- , los pequeños y medianos aristócratas y más tarde los burgueses con ínfulas de nobleza, buscaron en los cuadros de batallas dejar testimonio de unos méritos ganados por sus ancestros en la guerra. La consecuencia fue la aparición de un mercado muy activo de talleres que a menudo repetían motivos aprendidos y mil veces reproducidos por pintores de segundo y tercer orden. Los pintores, recordémoslo, no iban al campo de batalla, se nutrían de informaciones orales, de ilustraciones, de imaginación.

Cierto es que, como ellos, Ferrer Dalmau no ha vivido las batallas que recrea, desde Otumba a Arapiles, aunque sí ha compartido escenario y vida con los soldados españoles contemporáneos y los ha llevado a sus lienzos. No en vano es, desde hace poco, Caballero Legionario como reservista voluntario. Pero esta diferencia no es, en absoluto, lo que más le separa de los antiguos pintores de batallas. Sí lo es, en cambio, la manera, muy distinta a la de ellos, de afrontar una historia.

Las obras de Augusto Ferrer Dalmau han revivido, con mayor o menor fortuna, numerosos episodios de la historia militar de España. Unos obvios y conocidos, como Lepanto, Pavía, Empel, Rocroi, Pensacola, San Marcial, Bailén...; otros, destinados a un público más específico, a menudo cuerpos o Unidades Militares que le han sugerido, pedido o encargado temas de su particular interés.

Ahora bien, si nos fijamos en los cuadros que el pintor dedica a un hecho de armas concreto veremos que en su gran mayoría no suelen reflejar un momento puntual de una batalla, como la podemos encontrar en la batalla de Issos del Mosaico de Pompeya o en la batalla de Tetuán de Mariano Fortuny. En esto está más próximo

a la Rendición de Breda de Velázquez o la de Bailén de Casado del Alisal, por citar dos de los más grandes ejemplos del género histórico militar.

Prefiere Ferrer Dalmau, por el contrario, imaginar los momentos previos o posteriores al combate, en los que, además, el enemigo no está presente. Sí lo están los hombres que van a participar o que ya han sufrido o se preparan para el combate. Momentos individualizados, dedicados a los héroes que sabemos van a morir o a triunfar, cuyas caras y gestos traslucen dolor, agotamiento, miedo, desesperación.

Lo que llega al espectador son historias, recuerdos, mitos y ritos ligados a esas batallas y no tanto la recreación de la batalla en sí.

Lo vemos en su recreación de Lepanto, un retrato de Cervantes; en Empel, una instantánea del milagroso hallazgo de la tabla de la Inmaculada; en Rocroi, cuando la desolación nos indica que todo ha terminado; en Bailén, cuando no es la batalla victoriosa lo que nos muestra sino la atención a los heridos de ambos ejércitos; en la carga del Alcántara, en la que solo vemos determinación y valentía en los jinetes exhaustos; en la marcha de Gálvez, en la que el agotamiento de hombres y bestias nos hace admirar más sus gestas que la contienda en sí; en Voljov, donde el frío y el desánimo salen del lienzo y nos atrapan en un paisaje tan ajeno, tan inhóspito, tan alejado del hogar de los divisionarios; en la Patrulla, donde la batalla no está en un enemigo ausente sino en la soledad, el polvo y el calor que envuelven a nuestros soldados.

En los últimos años, Ferrer Dalmau viene realizando algunos cuadros que constituyen una excepción a esa tendencia suya de no representar el punto álgido de la batalla que quiere conmemorar sino una parte de ella: su entorno, sus preparativos, sus consecuencias, sus personajes. Así podemos verlo, por ejemplo, en su Batalla de Pavía, hoy perteneciente al Museo del Ejército y depositada en el castillo de San Pedro de Jaca. En ella, si bien el primer plano y toda la fuerza de la composición se centra en las fuerzas imperiales protagonistas y vencedoras de esta batalla que tuvo lugar en 1525, será también representada la fuerza contraria, la caballería acorazada francesa que va a ser derrotada por los infantes y arcabuceros, permitiéndonos así entender la clave de ese crucial combate que dio la primacía a la Monarquía Hispánica durante los siguientes 150 años en los campos de batalla europeos.

Otro ejemplo de una batalla en toda su crudeza es el cuadro titulado El último combate de El Glorioso, hoy expuesto en el Museo Naval de San Fernando. Aquí aparece el buque centrado en el lienzo, desarbolado y maltrecho, rodeado de los barcos enemigos ingleses que acabarán con él en 1747, una heroica batalla naval que bien merecía el reconocimiento de sus protagonistas.

Desconozco si estos y otros ejemplos recientes, como la trágica y cruenta escena nocturna de Voluntarios para morir, pintada en 2021, preludian un cambio de tendencia en la manera de hacer de Augusto Ferrer Dalmau.

Ni siquiera sé si el autor es consciente de ello, como tampoco sé si su público y sus clientes preferirán este modo de afrontar de una forma más clásica, más ortodoxa este tipo de pintura histórica centrada en la representación cruda del momento de la batalla o se decantarán por ese peculiar estilo suyo, tan sugerente, en el que el pintor personaliza las hazañas y nos muestra al héroe anónimo que es, ha sido y será, tantas veces, el soldado español.

Sí es conocido y notorio que en el ánimo de Augusto Ferrer Dalmau está el crear una Fundación para el aprendizaje y recreación de los grandes episodios de la Historia Militar de España, siguiendo la estela de aquellas fecundas Exposiciones Nacionales, nacidas en 1856 y que, durante un largo siglo, alimentaron el conocimiento y el interés del público por los grandes temas de nuestra historia.

En todo caso, le deseamos lleve a buen fin ese sueño y, de conseguirlo, le auguramos el mayor de los éxitos, pues Augusto Ferrer Dalmau afronta así el loable objetivo autoimpuesto de transmitir el conocimiento de la historia de España y de hacer llegar al público las hazañas, que no siempre corresponden a las victorias, pues también hay heroísmo y entrega en la derrota, de los soldados españoles de todas las épocas.

Así pues, a mi modo de ver, tanto en su obra mayoritaria como en sus últimos cuadros de batalla, Ferrer Dalmau no puede ser catalogado, ni por asomo, como “pintor de batallas”, tal y como se define este género dentro de la Historia de la Pintura occidental: por sus cuadros mediocres, sin alma, repetitivos, mal documentados la mayoría de las veces. ¿Cuál otra le convendría entonces, si es que es necesario catalogarlo todo? A mi entender, sería más apropiado llamarlo, mejor, contador de historias. De soldados o de héroes, pero, siempre, de hombres.

Porque los pintores pueden llegar a ser los mejores contadores de historias, capaces de condensar y explicar mejor con sus pinceles y sus lienzos lo que los historiadores nos afanamos en escribir en un papel para darlas a leer en un libro. En 1435 León Bautista Alberti ya teorizó sobre los géneros de la pintura, afirmando que «la mayor obra de un pintor es la historia». Con ella, el pintor se alía con el escritor y a menudo lo supera, ya que, según el tratadista, debe documentarse y formarse en el estudio de la historia religiosa y de la mitología y demostrar sus dotes para la perspectiva, el dibujo anatómico y la composición.

Sea como fuere, se admita o no se comparta esta opinión y esta nueva denominación que me he atrevido a dejar aquí apuntada, lo que sí está fuera de cuestión es el interés de esta Corporación por la figura de Augusto Ferrer Dalmau.

¿Cómo no considerar adecuado contar, en la Academia de las Ciencias y de las Artes Militares, con una persona movida por la ambición de dar a conocer la historia de España y en concreto de sus grandes y también sus pequeñas historias militares?

Recordemos que la Academia nació, como dicta su lema “*scire, cognoscere, invenire*”, con la intención de saber el pasado, conocer el presente y descubrir el futuro de las ciencias y las artes relacionadas con

los Ejércitos, la Armada y la Guardia Civil. La obra creada hasta la fecha por Augusto Ferrer Dalmau y la que aún falta por llegar son, para nosotros, tanto o más valiosas como su empeño para lograr unos objetivos que sin lugar a duda compartimos.

Por esta razón le damos, desde la Sección de Arte y desde el conjunto de la Academia, una calurosa bienvenida a la que es, a partir de ahora, su casa.

Muchas gracias.